

nes (1), Huet apenas reconoce á la razón humana más que el poder de preparar el camino y conducir á la fe divina, único medio seguro de alcanzar y poseer la verdad. En el orden puramente natural y filosófico, y abstracción hecha de la palabra de Dios y de la verdad revelada, la razón humana, según el Obispo de Avranches, está condenada á la esterilidad y la impotencia, sin poder llegar casi nunca á la certeza científica y perfecta.

Además del pensamiento escéptico que palpita en el fondo de sus escritos, y es lo que principalmente caracteriza su doctrina como filósofo, Huet tiene el honor de ser uno de los primeros, ó acaso el primero, que previó con claridad y señaló con energía las peligrosas tendencias de la Filosofía cartesiana desde el punto de vista cristiano, á pesar de que en sus primeros años se había manifestado partidario y admirador de la misma.

c) De índole muy diferente y de resultados más funestos para la religión cristiana, fué el escepticismo de su compatriota y contemporáneo *Bayle* (1647-1705), escritor más fecundo que sólido y exacto (2), y escritor

(1) La denominación de *Abnetanae* les viene de la abadía de Aulnay, en donde las escribió su autor.

(2) Además de su voluminoso *Diccionario histórico y crítico*, Bayle escribió: *Pensées diverses sur la comète qui parut en 1680.*—*Commentaire philosophique sur ces paroles de l'Évangile: CONTRAINS-LES D'ENTRER.*—*Nouvelles de la république des lettres.*—*Critique générale de l'histoire du Calvinisme, du P. Maimbourg*, sin contar otras menos importantes.

Calvinista durante sus primeros años, católico después por algún tiempo, rechazó finalmente toda religión, según se infiere de la respuesta que dió á Polignac cuando le preguntó qué religión profesaba: «Soy protestante, le dijo, porque protesto contra todo lo que se dice y se hace.»

que merece el dictado de *assembleur de nuages* que se dió á sí mismo.

El escepticismo, y con especialidad el escepticismo religioso, parece ser el objeto de sus obras, y principalmente de su famoso *Diccionario histórico y crítico*. Como medios para llegar á este objeto, y como manifestaciones de su pensamiento escéptico, Bayle se esfuerza en mezclar la luz con las tinieblas y presentar como problemáticas las verdades más evidentes; confunde la esencia de una verdad con los argumentos más ó menos débiles de algunos de sus defensores, contesta á las objeciones con otras objeciones, amontona dudas sobre dudas, refuta y defiende á la vez, para conducir al lector insensiblemente á la obscuridad y la duda. En el orden religioso, unas veces ensalza á la razón para deprimir la fe, y otras ensalza á ésta para deprimir y anular la razón.

Así, no es de extrañar que el filosofismo incrédulo del pasado siglo haya tributado á Bayle los más grandes elogios, y que Voltaire le apellidara el primer dialéctico del mundo. Los escritos de Laurent y de otros racionalistas vulgares de nuestros días, demuestran que los escritos de Bayle siguen siendo todavía el arsenal obligado de los enemigos sistemáticos del cristianismo católico.

§ 38.

OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE EL RENACIMIENTO.

Período difícil de juzgar es el período del Renacimiento, ora se le considere objetivamente en su natura-

leza propia, en su origen, causas, desenvolvimiento y resultados, ora subjetivamente, ó sea por parte de los juicios críticos que acerca del mismo emitieron y emiten todavía muchos historiadores y escritores de todo género. Considéranle unos como raíz y razón suficiente de toda clase de bienes, y considéranle otros como fuente y causa generadora de cuantos males afligen desde entonces á la Iglesia y á la sociedad, mientras que otros muchos se colocan entre las dos opiniones extremas, aproximándose á una ó á otra, y ocupando, por decirlo así, los grados múltiples intermedios que las separan. Quien escribiera un libro con la historia completa, imparcial y concienzuda del Renacimiento, bien podría gloriarse de haber llevado á cabo una obra difícilísima, pero muy útil y provechosa para reconocer la ley general de la historia y para juzgar con acierto relativo de sus manifestaciones en orden á lo pasado, á lo presente y á lo futuro.

Dicho se está de suyo que á nosotros aquí sólo nos pertenece considerar al Renacimiento en su aspecto histórico-filosófico, en sus relaciones con la marcha sucesiva de la Filosofía. Tres son los caracteres generales que nos ofrece el Renacimiento, considerado desde este punto de vista, que son:

a) La reaparición ó renovación de la literatura antigua, y principalmente de la greco-romana, en todas sus fases y ramas.

b) La hostilidad, ora manifiesta, ora latente, contra la Iglesia y las instituciones eclesiásticas, y la tendencia á sustituir las ideas, costumbres é instituciones católicas de la Europa cristiana con las ideas, costumbres é instituciones de Grecia y Roma.

c) Los grandes descubrimientos y progresos que se verificaron en las ciencias físicas y naturales.

Lo que hemos señalado como segundo carácter del Renacimiento, representa y constituye, en nuestra opinión, el defecto capital de éste, el *virus* radical que vició y esterilizó el movimiento renaciente en casi todas sus manifestaciones. Porque fué esa hostilidad contra la Iglesia y sus instituciones, fué el espíritu anticristiano el que, si no fué causa única del protestantismo, contribuyó eficazmente á su origen, progresos y funestos resultados. Fué también ese espíritu anticristiano, incubado por el Renacimiento, el que en el terreno propiamente filosófico inspiró y dió cuerpo á la incredulidad latente ó manifiesta de los Pomponazzi, Vanini, Bruno y tantos otros de aquella época; y en el terreno filosófico-literario dió origen á esas diatribas calumniosas y soeces que, para vergüenza eterna de Hutten y de sus amigos, se conservan en las famosas *Epistolae obscurorum virorum*, como dió origen también á esos libelos en que los citados renacientes, con otros varios, incluso Erasmo, se desataron en injurias y calumnias contra el Papa y las Órdenes monásticas. Fué también ese espíritu anticristiano el que dió calor y vida y fuerza y grande desarrollo á esa política, á la vez cesarista y anticristiana, cuyos efectos y lógicos resultados presenciamos y experimentamos hoy todos, y más que todos, esos mismos reyes y poderosos, que se sirvieron de ella para esclavizar á la Iglesia, para destruir sus instituciones salvadoras.

Lo que constituye el primer carácter del Renacimiento, ó sea el estudio y conocimiento de la literatura antigua, nada tiene de vituperable en sí mismo y

entraña un elemento real de progreso. Así es que la Iglesia, que había fomentado la incorporación parcial de la Filosofía antigua en la Filosofía cristiana, no sólo aprobaba y favorecía esta aspiración del Renacimiento, sino que hasta puede decirse que á ella más que á nadie se deben su origen y su desenvolvimiento. El estudio de la literatura antigua, y principalmente de la greco-oriental, no es debido exclusivamente, como suponen muchos, á los griegos lanzados de Constantinopla por el Califa mahometano, sino que arranca de mucho más atrás, y es debido á una serie de causas que, á contar desde el siglo XII, contribuyeron de una manera sucesiva (Cruzadas, viajes y excursiones científicas de los misioneros cristianos en los siglos XIII y XIV, Concilios greco-latinos de Lyon y Florencia, fundación de universidades y creación de escuelas de literatura griega y latina en ellas, propaganda por medio de la imprenta), pero eficaz á infiltrar y difundir en las naciones europeas el conocimiento de la antigua literatura en todas sus ramas. Así se comprende que Petrarca, Boccaccio, Valla, Nebrija y Besarión y tantos otros, promovieran la restauración de la antigua literatura, antes que Reuchlin, Crotus, Erasmo, Hermán y el mismo Hutten, tenido por el primero y principal representante de esta fase del Renacimiento, puesto que adquirió el conocimiento de los clásicos, de que tanto abusó después, en la escuela católica de Fulda.

Por desgracia, este elemento del Renacimiento, bueno en sí mismo y progresivo de su naturaleza, fué falseado y esterilizado, ora por el espíritu anticatólico que palpita en el fondo de muchos escritores renacientes, según se echa de ver en los libelistas de aquella

época contra el Papa, los obispos, los religiosos (Hutten, Crotus, Eobanus, Reuchlin, Pyrkheinaer, etc.) y los escolásticos, y en los filósofos de dudosa ortodoxia ó abiertamente incrédulos (Pomponazzi, Cremonini, Porta, Machiavelli, Vanini, Bruno, etc.); ora por las exageraciones á que se entregaron no pocos escritores católicos y hasta sacerdotes constituidos en dignidad eclesiástica. Representada se halla semejante exageración por aquellos sacerdotes y religiosos que escribían grandes infolios comentando y explicando las metamorfosis de Ovidio, las sátiras de Petronio ó los epigramas de Marcial; por aquellos cardenales, como Bembo, que aconsejaba á sus amigos que no leyeran las epístolas de San Pablo, por temor de viciar su estilo; por aquellos obispos y prelados de los que decía Melchor Cano que *neglecta Scriptura Sacra, non prophetas, non apostolos, non evangelistas, sed Cicerones, Platones, Aristoteles personabant.*

El espíritu anti-cristiano, que constituye el segundo carácter general del Renacimiento, además de dar origen á los excesos, extravíos y errores de ciertos literatos y filósofos, según se acaba de indicar, fué, si no la causa única, la principal, al menos, del protestantismo, con todas sus lógicas y naturales consecuencias hasta hoy, que son las guerras religiosas y sociales del siglo XVI y primera mitad del siguiente, y después de éstas, en los siglos siguientes, el escepticismo é indiferentismo religioso, el racionalismo científico, el cesarismo político, la incredulidad volteriana, y, como síntesis de todas esas corrientes engendradas por el protestantismo, la revolución universal y radical que se cierne hoy sobre nuestra cabeza, y que amenaza

ahogar con sus brazos á los mismos que antes la llamaron en su auxilio para despojar y vencer á la Iglesia, á los mismos que antes le dieron protección, calor y vida.

Y á vista de todo esto, á vista de los resultados tan funestos como innegables que ha producido, por lo que hemos señalado como segundo carácter del Renacimiento, excusado parece decir que en este concepto, y desde este punto de vista, el Renacimiento no merece las simpatías ni la aprobación del católico, ni del hombre imparcial y de sano criterio, porque, en este concepto, fué un mal grande, origen de males mayores.

Por lo que hace á lo que hemos señalado como carácter tercero del Renacimiento, bien puede decirse que representa un elemento de bien y de perfección; pero sería injusto atribuirlo exclusivamente al Renacimiento. El cual, si contribuyó en cierta medida al cultivo y progresos de las ciencias físicas y naturales, contribuyeron también, y en escala mayor, otras causas independientes del Renacimiento, bastando citar como ejemplo y como una de las principales el descubrimiento de la América, el cual dió origen á un verdadero nuevo mundo en casi todos los órdenes de ideas, y con especialidad en el terreno de las ciencias físicas y naturales. Por lo demás, la influencia del Renacimiento en este orden de ideas entraña también exageraciones y tendencias anticristianas, según se ha visto en Paracelso, Cardano, Bøhem, Telesio y otros varios representantes de esta escuela renaciente.

Despréndese de lo dicho, que así como la Filosofía patristica es como el prólogo natural de la Filosofía es-

colástica, así también el Renacimiento es como el prólogo natural de la Filosofía moderna, de la cual puede decirse con toda verdad que no hizo más que desenvolver los gérmenes contenidos en el Renacimiento y completar su Filosofía, sobre todo por parte de sus tendencias racionalistas, por parte del espíritu anticristiano y antieclesiástico que constituye uno de sus caracteres.

Antes de poner fin á esta ojeada retrospectiva, séanos lícito recordar que nuestra España representó papel único y brillantísimo con respecto al Renacimiento. Único, porque fué acaso la única nación que supo conservar el espíritu católico en medio de la fermentación renaciente. Brillantísimo, porque, lo mismo en el terreno de la teoría que en el terreno de la práctica y de la ejecución, no hay nación alguna que pueda presentar un conjunto de hechos, de empresas y de hombres, que hayan contribuído más eficazmente á promover los elementos verdaderamente buenos y á desenvolver y propagar las ideas fecundas y progresivas que encerraba el Renacimiento. Y todo ello sin necesidad de alardes racionalistas, sin necesidad de acudir al libre examen del protestantismo, sin necesidad de oponerse al dogma católico ni menospreciar la autoridad de la Iglesia.

Período de verdadera plenitud fué para España el período del Renacimiento, porque nadie puede negar que esta nación se vió verdaderamente *llena* de grandes reyes, y de grandes políticos, y de grandes capitanes, y de grandes diplomáticos, y de grandes artistas, y de grandes poetas, y hasta de grandes escritores místicos, todos los cuales supieron sobresalir en su esfera

y regenerar y perfeccionar las artes y la idea divina, sin traspasar los límites de la fe católica. Y si entramos en el terreno más directamente relacionado con el Renacimiento; si entramos en el terreno de las ciencias todas y de las letras humanas, veremos historiadores y arqueólogos como Zurita, Mariana, Ambrosio de Morales, Pedro Chacón y Antonio Agustín; juristas, canonistas y teólogos como Azpilcueta, Covarrubias, Victoria, Domingo Soto, Molina, Castro, Vázquez y Suárez, con tantos otros; filósofos y restauradores de la Filosofía como Vives, Foxo Morcillo, Vallés, Cardillo de Villalpando, Abril, Gómez Pereira y Huarte; críticos, filólogos y humanistas como Luis Vives, Melchor Cano, Antonio Nebrija, el Brocense, Arias Montano, Malvenda y García Matamoros (1), con tantos otros que fuera fácil citar.

Hasta en el terreno de las ciencias físicas y naturales, difícil será encontrar nación alguna que pueda presentar tantos y tan grandes títulos de gloria durante la época del Renacimiento como la nación española. Testimonios son de esto los nombres y los escritos de Andrés Laguna, de Vallés, de Gómez Pereira, de Mercado y de Huarte; ahí están también los nombres, trabajos y descubrimientos llevados á cabo por conquistadores y

(1) Este ilustre humanista, que fué profesor en la universidad de Alcalá, escribió, entre otras obras, un excelente tratado *De tribus dicendi generibus, sive de recta informandi styli ratione* (Compluti, 1570), y una muy notable y curiosa apología, ó, según él dice: *Narratio apologetica de academiis et doctis viris Hispaniae, sive pro asserenda Hispanorum eruditione*. Obra es ésta que, junto con las de Marineo Sticula y algunas otras posteriores, debieran leer ciertos doctores de nuestros días, que sólo descubren Filosofía y ciencia y saber en las naciones extranjeras.

navegantes como Núñez de Balboa, Solís, Orellana, Elcano, Jofre de Loaisa, Hoces, Mendaña, Quirós y Torres, sin contar las expediciones y descubrimientos de Colón y Magallanes, que la España puede reivindicar para su gloria, y que, en unión con los citados, contribuyeron en gran manera á rectificar y ensanchar la esfera de los conocimientos geográficos, astronómicos, físicos, matemáticos y etnográficos. Ahí están también el nombre y los escritos de Pedro Chacón, corrigiendo é ilustrando con notas y adiciones las obras de Pomponio Mela, de Séneca, de Plinio y de otros naturalistas antiguos, como lo hiciera Laguna con Dioscórides; de Juan Fragoso, autor de los *Discursos de las cosas aromáticas, árboles, frutas y medicinas simples de la India*; de Gonzalo Fernández de Oviedo, cuya *Historia general de las Indias*, bien así como los dos libros *De natura novi orbis*, escrito por el jesuita Acosta, y la *Historia natural y moral de las Indias*, debida á la pluma del mismo, obras que abrieron nuevo y vastísimo campo á las investigaciones y progreso de las ciencias físicas y naturales.

La historia de España durante el Renacimiento es una demostración práctica de que éste pudo y debió llevarse á cabo sin rebelarse contra la Iglesia, y que sus efectos ó resultados hubieran sido más fecundos para el bien y menos para el mal, sin el espíritu anticristiano que algunos de sus representantes inocularon en su seno.

Digamos, antes de concluir esta ojeada general sobre el Renacimiento, que éste, por punto general, se distingue también por la curiosidad intemperante y por esa especie de marcha libre, desordenada, antis-

temática de sus representantes. Salvas algunas excepciones de poca importancia, y abstracción hecha del movimiento escolástico-cristiano, puede decirse que cada filósofo del Renacimiento tiene su sistema particular y más ó menos sincrético. Trátase, en suma, de un período en que hay filósofos, pero no una Filosofía; hay filósofos del Renacimiento, pero en rigor no hay una Filosofía del Renacimiento.

TERCERA ÉPOCA DE LA FILOSOFÍA.

LA FILOSOFÍA MODERNA.

§ 39.

ORIGEN Y CARACTERES DE LA FILOSOFÍA MODERNA.

Durante el primer tercio del siglo xiv escribía y obraba bajo la influencia del libre pensamiento Guillermo de Occam. El movimiento insurreccional en política, en religión y en filosofía que con su palabra, con su pluma y con su ejemplo había provocado y sostenido este libre pensador, perseveró después de su muerte en la escuela nominalista, heredera legítima del pensamiento libre y de las tendencias heterodoxas de su fundador.

La acción lenta, pero eficaz y perseverante, de esta escuela, encarnación del nominalismo occámico, que en la práctica y para la mayor parte de sus partidarios se tradujo en alardes escépticos, en menosprecio de las cosas y personas eclesiásticas y en resistencias más ó menos veladas contra la autoridad pontificia, preparó el advenimiento del reinado racionalista y de la secularización completa que caracteriza á la Europa de